

Ernautón, sin responder, continuó avanzando, y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les había señalado. Dominado por su envidia, picó su caballo para llegar el primero.

Ernautón esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intención aparente: aquella mirada contuvo á Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

XII.

Sainte-Maline.

Ernautón no se había equivocado, pues aquel hombre era Chicot en persona.

Este, por su parte, tenía buena vista y buen oído, y había visto y oído á los jinetes de muy lejos, y los aguardaba imaginándose que iban en busca suya.

Cuando ya no le cupo duda sobre esto, cuando vió que los dos jinetes se dirigían verdaderamente hacia él, llevó sin afectación la mano al pomo de su larga espada, á fin de tomar una actitud noble.

Ernautón y Sainte-Maline se miraron en silencio por espacio de un segundo.

— Os toca á vos, caballero, si lo tenéis á bien, — dijo Ernautón inclinándose á su adversario ; porque, en aquella ocasión, la palabra adversario es más propia que la de compañero.

Sainte-Maline quedó sofocado ; la sorpresa de aquella cortés invitación le embargaba la voz, y sólo contestó con un movimiento de cabeza.

Ernautón, al ver que no desplegaba los labios, tomó la palabra :

— Caballero, — dijo á Chicot, — el señor y yo estamos á vuestras órdenes.

Chicot saludó con una graciosa sonrisa.

— ¿ Podríamos preguntaros, sin parecer indiscretos, cómo os llamáis ? — continuó diciendo el joven.

— Me llamo La Sombra, caballero, — respondió Chicot.

— ¿ Aguardáis alguna cosa ?

— Sí, señor.

— ¿ Y tendréis la bondad de decirnos lo que aguardáis ?

— Aguardo una carta.

— No debéis extrañar nuestra curiosidad, caballero, pues nada tiene de ofensiva para vos.

Chicot se volvió á inclinar con una sonrisa cada vez más graciosa.

— ¿ De dónde esperáis esa carta ? — repuso Ernautón.

— Del Louvre.

— ¿ Con qué sello ?

— Con el sello real.

Ernautón llevó la mano á su bolsillo.

— ¿ Sin duda reconoceréis esta carta ? — preguntó.

— Sí, sí la veo.

Ernautón sacó la carta.

— Esa es, — dijo Chicot, — y para mayor seguridad, os debo dar en cambio alguna cosa, ¿ no es verdad ?

— Sí, un recibo.

— Perfectamente.

— Caballero, el rey me ha encargado la carta hasta el momento en que os encontrase, pero el señor es quien debe entregárosla.

Diciendo y haciendo alargó la misiva á Sainte-Maline, quien la tomó y la puso en manos de Chicot.

— Gracias, caballero, — dijo éste.

— Ya veis, — observó Ernautón, — que hemos cumplido fielmente las órdenes que se nos han dado : en ese camino no se divisa alma nacida, y por lo tanto nadie nos ha visto hablar con vos ni entregaros esa carta.

— Es muy cierto, caballero ; reconozco la verdad de vuestras palabras, y en caso necesario daré testimonio de ellas. Ahora debo cumplir por mi parte.

— En efecto... el recibo... — murmuraron á un mismo tiempo los dos jóvenes.

— ¿ Á cuál de los dos debo darlo ?

— No lo ha dicho el rey, — contestó Sainte-Maline mirando á su compañero con gesto amenazador.

— Extendedlo por duplicado, — replicó Ernautón, — y llevaremos cada uno una copia ; hay una distancia regular desde aquí al Louvre, y el señor ó yo podemos experimentar algún contratiempo.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Ernautón brillaron como relámpagos.

— Sois hombre prudente, le dijo Chicot.

Sacó acto continuo un librito de memoria, arrancó de él dos hojas y escribió en ellas lo siguiente :

He recibido de manos del Sr. Renato de Sainte-Maline la carta que ha traído el Sr. Ernautón de Carmainges.

LA SOMBRA.

— Adiós, caballero, — dijo Sainte-Maline apoderándose de su recibo.

— Adios, caballero, y buen viaje, — añadió Ernautón. — ¿ Se os ofrece alguna otra cosa para el Louvre ?

— Nada absolutamente, señores ; vuelvo á daros infinitas gracias.

Ernautón y Sainte-Maline volvieron bridas hacia París, y Chicot, por su parte, se alejó con un paso que hubiera podido envidiar la mejor cabalgadura.

Apenas hubo desaparecido, cuando Ernautón, que casi no había caminado cien pasos, detuvo su caballo, y dirigiéndose á Sainte-Maline, le dijo :

— Ahora, caballero, pie á tierra, si lo tenéis á bien.

— ¿ Con qué objeto ? — le preguntó aquél con asombro.

— Hemos cumplido nuestra comisión y tenemos que hablar : por otra parte, este sitio me parece muy á propósito para una conversación del género de la nuestra.

— Como gustéis, caballero, — repuso Sainte-Maline apeándose al ver que lo había hecho ya su compañero de viaje.

No bien echó pie á tierra cuando Ernautón le dijo acercándose á él :

— Bien sabéis, caballero, que sin motivo por mi parte y sin mesura por la vuestra, en una palabra, sin el menor motivo me habéis ofendido durante todo el día gravemente. No es esto todo : habéis tratado de provocarme en un momento inoportuno, y me he negado á batirme ; pero al presente es otra cosa, y estoy á vuestras órdenes.

Sainte-Maline escuchó estas palabras con gesto sombrío : pero ; cosa extraña ! no experimentaba ya la misma cólera que en sus anteriores provocaciones, y por consiguiente no quería batirse : la reflexión había podido más en él que el orgullo, y juzgaba ya desapasionadamente la inferioridad de su posición.

— Caballero, — contestó al cabo de un instante

de silencio, — cuando os insulté me hicisteis un gran servicio : hé aquí por qué no soy capaz de sostener las mismas palabras que antes os he dirigido.

Ernautón cerró los ojos con disgusto.

— Necesito saber, — respondió, — si pensáis todavía lo mismo que deciais hace poco.

— ¿ Quién os asegura semejante cosa ?

— Todas vuestras palabras respiraban odio y envidia, y al cabo de dos horas que hace que las habéis pronunciado no creo que esos dos sentimientos hayan desaparecido completamente de vuestro corazón.

Sainte-Maline se sonrió ; mas no replicó una palabra.

Ernautón se detuvo un instante, y luego prosiguió diciendo :

— Si el rey me ha preferido á vos, consiste en que he llegado á agradarle más ; si no he rodado como vos en el Bievre, consiste en que soy mejor jinete ; si no he aceptado vuestro desafío cuando os ha parecido oportuno proponérmelo, consiste en que tengo más prudencia ; si no me ha mordido un perro y apaleado un hombre, consiste en que tengo

mayor sagacidad ; por último, si ahora mismo os pido satisfacción de vuestras ofensas, obligándoos á desenvainar la espada, consiste en que tengo más honor, y... no me obliguéis á decirlo... más valor.

Sainte-Maline temblaba de furor, y sus ojos despedían llamas : todas las malas pasiones que Ernautón había señalado, se revelaban en el lívido rostro de su contrario : no bien Carmainges pronunció las últimas palabras, cuando desenvainó la espada como un loco.

Ernautón empuñaba ya la suya.

— Vamos, caballero — dijo Sainte-Maline ; — retirad la última palabra que habéis pronunciado, porque está de más, como debéis conocerlo, ya que sabéis quién soy ; pues, como habéis dicho, vivimos separados por dos leguas de distancia : retiradla, porque bastante me habéis humillado ; no me deshonréis.

— Caballero, — respondió Ernautón, — como nunca me encolerizo, nunca digo tampoco más que lo que quiero decir, y por consiguiente nada tengo que retirar. También soy sensible á los insultos, y, como nuevo en la corte, no quiero avergonzarme cada vez que os encuentre al paso. Crucemos, pues,

las espadas si os agrada, porque esto valdrá tanto para mi satisfacción como para la vuestra.

— ¡ Oh ! me he batido once veces, — dijo Sainte-Maline, y de mis once adversarios quedaron dos en el campo. Supongo que lo sabéis.

— Pues yo, caballero, nunca he hecho otro tanto, — replicó Ernautón, — porque no se me ha presentado la ocasión ; ahora viene á buscarme cuando no la esperaba, y la acojo con placer. Cuando gustéis, caballero.

— Esperad, — dijo Sainte-Maline meneando la cabeza ; — somos compatriotas, ambos estamos al servicio del rey, por consiguiente soy de parecer que no debemos batirnos, supuesto que os reconozco por un valiente : si me fuera posible, también os ofrecería mi mano. ¿ Qué más queréis ? Me manifiesto á vos tal como soy, ulcerado en el fondo de mi corazón, y no por por mi culpa. Soy envidioso sin poderlo remediar, porque la naturaleza me ha arrojado al mundo en hora funesta. El señor Chalabre, el señor de Montrabeau, ó el señor de Pincorney no hubieran excitado mi cólera, porque esta ventaja sólo la debéis á vuestro mérito ; consolaos, pues, ya que mi envidia nada puede contra

vos, y que, á despecho mío, os queda vuestro mérito. Esto quiere decir que quedamos como antes. ¿No es esto, caballero? Sufriría demasiado si dijérais á alguno el motivo de nuestra disputa.

— Nadie lo sabrá.

— ¿Nadie?

— No, caballero, porque si nos batimos os mataré ó me mataréis: no creáis por eso que hago poco caso de la vida, al contrario, la estimo mucho, porque tengo veintitrés años, buen nombre, y no soy enteramente pobre: espero en mí y el porvenir, y por consiguiente debéis creer que me defenderé como un héroe.

— Á mí me sucede todo lo contrario, caballero: tengo ya treinta años y estoy cansado de vivir, porque en nada espero, pero á pesar de todo, y aunque nunca seré feliz, deseo no batirme con vos.

— Es decir que vais á darme una satisfacción.

— No; bastante he hecho y dicho: si no os dáis por satisfecho, tanto peor para vos, porque dejaréis de ser superior á mí.

— Debo recordaros, caballero, que no puede quedar terminado este asunto de semejante modo,

sin que los contendientes sean silbados, y mucho más si se atiende á que son gascones.

— Eso es precisamente lo que espero, — dijo Sainte-Maline.

— ¡Cómo!

— Lo que os digo; necesito un hombre que me silbe. ¡Qué feliz momento para mí!

— ¿Luego rehusáis el combate?

— Deseo no batirme... con vos, se entiende.

— ¿Después de haberme provocado?

— Convenido.

— ¡Pero y si me falta la paciencia y la emprendo con vos á estocadas?

Sainte-Maline apretó convulsivamente los puños.

— En ese caso, — dijo, — tanto mejor, arrojaré mi espada á cuarenta pasos.

— Mirad lo que decís, caballero, porque en ese caso no os daré de punta.

— Corriente: esa será una razón más para aborreceros, y os aborreceré mortalmente; algún día os encontraré débil, como hoy me veis, y os mataré desesperado.

Ernautón envainó su espada.

— Sois un hombre extraordinario, — le

dijo, — y os compadezco con todo mi corazón.

— ¿ Me compadeceís ?

— Sí, porque debéis sufrir mucho.

— Horriblemente.

— ¿ No debéis amar nunca

— Nunca.

— Pero, á lo menos, tendréis pasiones.

— Una sola.

— Me habéis dicho que la de la envidia.

— Sí, lo que hace que las tenga todas en un grado de vergüenza y desgracia indecible : adoro á una mujer desde que ella ama á otro, amo el oro cuando está en poder de otro, soy orgulloso siempre por comparación, bebo por encender en mí la cólera, es decir, por aguzarla cuando no es crónica, es decir, por hacerla estallar y quemar como un rayo. ¡ Oh ! Sí, lo habéis dicho, señor de Carmainges, soy desgraciado.

— ¿ Y no habéis tratado nunca de corregiros ?

— preguntó Ernaudón.

— No lo he conseguido.

— Entonces ¿ qué esperáis ? ¿ qué pensáis hacer ?

— ¿ Qué hace la planta venenosa ? Tiene flores como las otras, y hay personas que saben sacar de

ella una utilidad. ¿ Qué hacen el oso y el ave de rapiña ? Muerden, pero hay quienes saben criarlos y educarlos para la caza. Hé ahí lo que soy y lo que seré probablemente entre las manos del señor de Epernón y del señor Loignac, hasta el día en que me digan : Esta planta es nociva, arranquemosla ; esta bestia está rabiosa, matémosla.

Ernaudón se había calmado poco á poco. Para él Sainte-Maline no era ya un objeto de cólera sino de estudio, y casi sentía compasión hacia aquel hombre arrastrado por las circunstancias á hacerle tan singulares confesiones.

— Una gran fortuna, y vos podéis hacerla con las cualidades que tenéis, — dijo ; — desarrollaos en el sentido de vuestros instintos, señor de Sainte-Maline, y haréis carrera en la guerra ó en la intriga ; entonces, pudiendo dominar, aborreceréis menos.

— Por muy arriba que me eleve, por profundas que sean las raíces que eche, siempre habrá sobre mí fortunas superiores que me mortificarán, y debajo de mi risas sardónicas que me desgarrarán los oídos.

— Os compadezco, — repitió Ernaudón.

Y terminaron el diálogo.

Ernautón se dirigió á su caballo que había dejado atado á un árbol, y desatándole, volvió á montar.

Sainte-Maline no había soltado la brida del suyo.

Ambos tomaron el camino de París, el uno silencioso y sombrío por lo que había oído, el otro por lo que había dicho.

De súbito, Ernautón alargó la mano á Sainte-Maline.

— ¿Queréis que yo trate de curaros? — le dijo.
— Veamos.

— Ni una palabra más, caballero, — respondió Sainte-Maline, — no, no lo intentéis porque nada lograríais. Al contrario, aborrecedme, y ese será el medio de que yo os admire.

— Lo repito, os compadezco, caballero, — dijo Ernautón.

Una hora después, los dos caballeros entraban en el Louvre y se dirigían al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey había salido y no debía volver hasta la noche.

XIII.

El señor de Loignac dirige una alocución á los Cuarenta y Cinco.

Los dos jóvenes se asomaron á la ventana de sus respectivos aposentos para espiar la llegada del rey, aunque cada uno con pensamientos muy diferentes. Sainte-Maline, entregado completamente á su odio, á su vergüenza y ambición, con el entrecejo fruncido y el corazón ardiendo. Ernautón, sin acordarse ya de lo que había pasado, y preocupado sólo de una cosa, esto es, de quién podía ser aquella mujer que él había introducido en París disfrazada de paje y á quien había vuelto á encontrar en una magnífica litera.

Aquellos dos encuentros ofrecían amplia materia

II.

11
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO